

Los asesinos etarras siembran

ETA ensangrentó ayer Madrid: Un teniente del Ejército de Tierra perdió la vida, mientras que un comandante de Infantería, una funcionaria del Ministerio del Interior y una niña de trece años, hija de la anterior, sufrieron graves mutilaciones en tres atentados criminales. «¿Por qué a nosotros? Nos van a matar a todos. Este es un

barrio obrero y humilde», decían los vecinos del distrito de Aluche, que contemplaban con estupor el resultado de la barbarie etarra. Un barrio que en tan sólo una hora vio por dos veces cómo sus calles se teñían de sangre. Dos horas más tarde, en otro punto de Madrid, un comandante se quedaba sin sus piernas.



Ocho menos diez de la mañana. Como todos los días, el te-

niente de Artillería Francisco Carballar Muñoz, vestido con su uniforme, salió de su domicilio, situado en el primer piso del edificio número 112 de la calle Duquesa de Parcent, para dirigirse al Regimiento de Artillería de Campaña (RACA) número 11 de la División Acorazada, con sede en la base de San Pedro, en Colmenar Viejo (Madrid). Una vecina de la familia Carballar, que se dirigía a la Universidad, saludó en el descansillo del primer piso al teniente.

En esta fatídica ocasión, Francisco Carballar no se disponía a llevar a sus dos hijos menores, Alicia, de 16 años, y Juan Antonio de 17, al colegio Gran Capitán. Tampoco esta vez, Francisco, de 19 años, que está cumpliendo el servicio militar, se desplazó al cuartel con su padre.

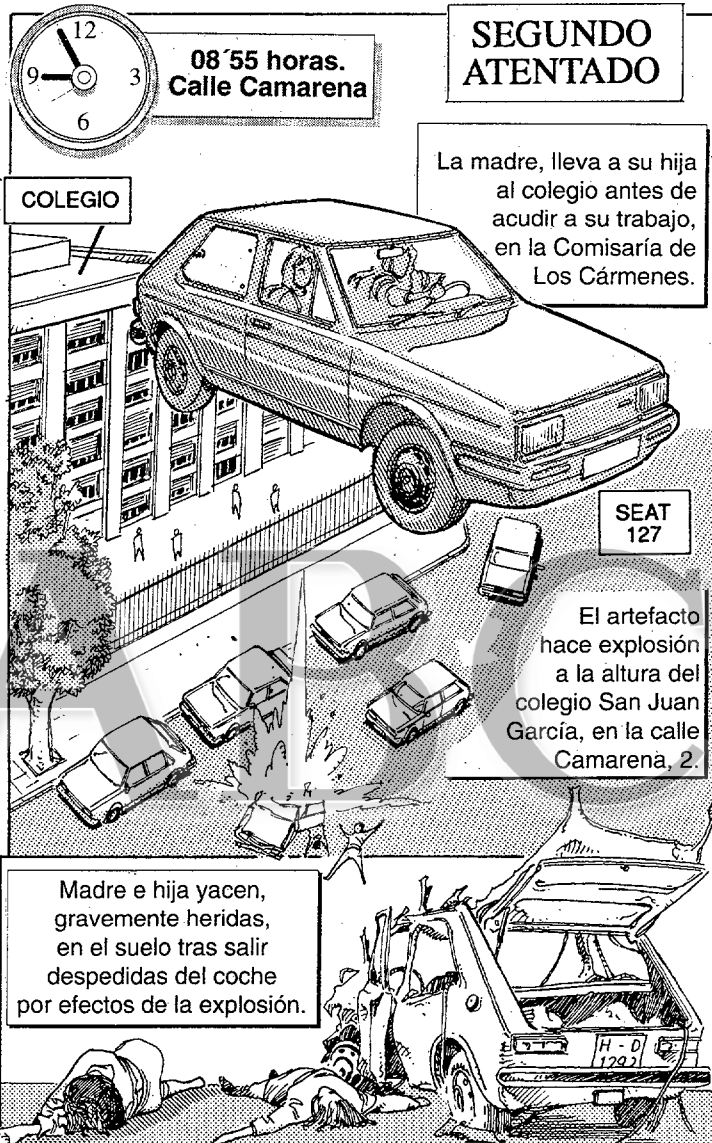
Como todas las mañanas, el teniente recorrió los escasos diez metros que separan el portal de su casa del pequeño aparcamiento donde se encontraba su automóvil, un Peugeot 209, de color gris metalizado, matrícula de Madrid 8668-HY. Se introdujo en el coche, soltó el freno de mano y el vehículo se desplazó los cuatro metros que separan el aparcamiento de la calzada de la calle Duquesa de Parcent. El teniente frenó el coche y al ponerlo en marcha se produjo la explosión.

Dolor ante la muerte

María Dolores Cardoso, esposa del teniente, al oír la violenta explosión, se asomó a la ventana de su domicilio y vio la dantesca escena. Con rapidez bajó las escaleras del edificio y se dirigió al automóvil de su marido. Vicente, de 22 años de edad, hijo mayor del teniente, también bajó las escaleras gritando: «Papá, papá». Se abrazó al cadáver de su padre, mientras que la mujer del teniente lloraba desconsoladamente junto al automóvil.

La proximidad de la Comisaría de Los Cármenes, a unos trescientos metros, facilitó la rápida intervención de las Fuerzas de Seguridad, que tan sólo pudieron comprobar impotentes el fallecimiento del teniente.

A consecuencia de la explo-



sión, la niña de ocho años, Cristina López, que se encontraba en su domicilio situado junto al lugar del atentado, resultó herida de carácter leve, al golpearse la frente con una ventana por efectos de la onda expansiva. La pequeña Cristina, que sangraba abundantemente por la frente, fue trasladada al Hospital Militar Gómez Ulla donde, después de aplicarle ocho puntos de sutura, fue dada de alta.



Nueve menos cinco de la mañana. Cuando el juez no había efec-

tuado el levantamiento del cadáver del teniente Francisco Carballar, se produjo una segunda explosión. A doscientos metros del primer atentado, un coche Seat 127 quedó totalmente destruido por el estallido del segundo

SEGUNDO ATENTADO

La madre, lleva a su hija al colegio antes de acudir a su trabajo, en la Comisaría de Los Cármenes.

SEAT 127

El artefacto hace explosión a la altura del colegio San Juan García, en la calle Camarena, 2.

Madre e hija yacen, gravemente heridas, en el suelo tras salir despedidas del coche por efectos de la explosión.

FERNANDO RUBIO

artefacto, a la altura del número 84 de la calle de Camarena. El vehículo circulaba por la calle junto a la entrada del Colegio San Juan García y en las proximidades del centro de preescolar Anunciata.

María Jesús González Gutiérrez, auxiliar administrativa de la comisaría de Los Cármenes, situada en las proximidades, se disponía a llevar a su hija, Irene Villa, al colegio. Condujo unos metros su vehículo, pero, según fuentes de la Policía Municipal, los bajos del coche rozaron la calzada e inmediatamente se produjo la explosión.

María Jesús González Gutiérrez, de 40 años, y su hija Irene Villa González, de 13 años, resultaron heridas de extrema gravedad. La explosión amputó las

piernas de la niña, que quedaron completamente separadas de su cuerpo. Irene tuvo que ser atendida en la calzada por los mismos servicios de reanimación que actuaron en el primer atentado, e inmediatamente fue trasladada al Hospital Militar Gómez Ulla. Los médicos se vieron obligados, asimismo, a amputar también tres dedos de la mano izquierda de la pequeña. En la misma operación, el cirujano sacó de su cuerpo una cinta magnetofónica que quedó incrustada en su vientre.

Su madre ingresó en el Doce de Octubre en estado crítico.

En la calle se podían apreciar grandes manchas de sangre y los apuntes y libros con los que Irene estudiaba. Vecinos de la zona comentaron que varios individuos sospechosos estuvieron mirando en la noche del miércoles los coches aparcados.

Prácticamente no hubo testigos de este segundo atentado por encontrarse la gente en la calle Duquesa de Parcent con motivo del primer atentado. La dueña de uno de los vehículos que resultaron destrozados dijo que se asomó a la ventana y vio la calle desierta.

En el escenario de las dos tragedias, la indignación se palpaba entre los numerosos curiosos que se acercaron hasta el lugar y entre los agentes de Policía, que se personaron en la zona con una rapidez encomiable. La imagen de la pequeña Irene desangrándose en la calle ante las miradas espantadas y atónitas de cientos de personas, entre las que se encontraban numerosos escolares que se dirigían a los colegios que hay en la zona, reflejaba todo el dramatismo del momento.

«Por diez minutos no se ha producido una catástrofe mayor», declaró entre sollozos una de las profesoras del Preescolar Anunciata. «Nos ha pillado por sorpresa, porque estábamos intentando ayudar o hacer algo en el primero de los atentados», aseguró.



Doce menos veinticinco de la mañana. Aprovechando

que ayer tenía el día libre, el comandante del Alto Estado Mayor Rafael Villalobos se disponía a salir de su casa para arreglar unos asuntos familiares. Una vez en el interior de su vehículo, un

El terror en las calles de Madrid

Los terroristas pudieron provocar una masacre de dimensiones incalculables pues los atentados se produjeron alrededor de varios colegios

«Talbot 150» de color marrón, y al poner en marcha el motor, se produjo una fuerte explosión. Con él iba su hermana María Antonia Asunción, que aún no había subido al coche cuando estalló el artefacto.

«¿Hay más heridos?»

Rafael Villalobos, de treinta y ocho años de edad, casado y con dos hijos, sufrió la amputación traumática de las dos piernas, aunque, según declaró el médico que le prestó los primeros auxilios, en ningún momento perdió el sentido e incluso llegó a interesarse por las consecuencias del atentado al preguntar si había más heridos. María Antonia, su hermana, resultó herida de metralla.

Se da la circunstancia de que la hermana del comandante herido no reside habitualmente en Madrid, sino que se encontraba de paso porque el miércoles pasado había sido enterrada su madre.

La virulencia de la explosión convirtió el coche en un amasijo de hierro, por lo que fue necesaria la intervención de los Bomberos para sacar a la víctima del vehículo. Poco después, el comandante y su hermana, fueron trasladados al Hospital Clínico de San Carlos y al Hospital Gómez Ulla, respectivamente.

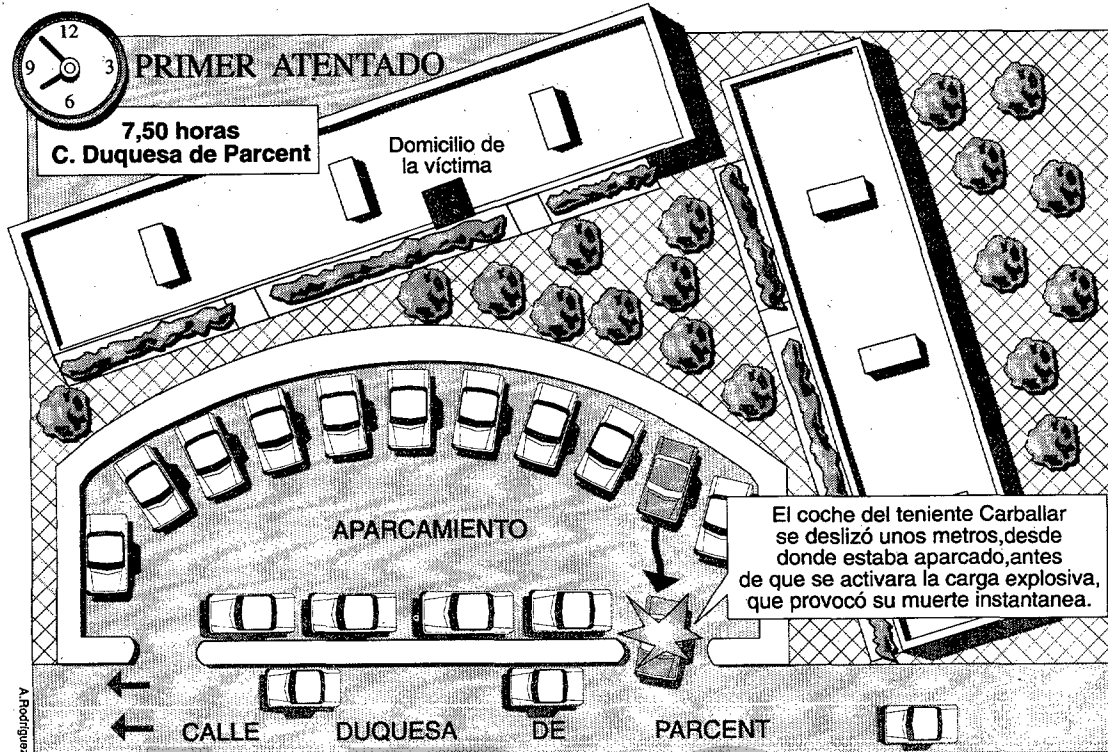
Niños en el recreo

A cuatrocientos metros de distancia del lugar del atentado se encuentra el Colegio Tirso de Molina, y, precisamente a esa hora, los niños se encontraban en el patio disfrutando del recreo. Minutos después, al conocer la noticia, acudieron al lugar de los hechos los padres de varios de los niños: fueron momentos de gran nerviosismo y tensión, pues no sabían el alcance que podía haber tenido la explosión.



Una del mediodía.

El nerviosismo de los vecinos e incluso de los agentes de las Fuerzas de Seguridad del Estado que se



desplazaron a la calle Pablo Casals, hizo correr el rumor de que en el madrileño barrio de Canillejas se había producido una cuarta explosión. Más tarde, el concejal del distrito Miguel Cantos, aseguró a algunos periodistas que se trataba de una falsa alarma.

Indignación

Minutos más tarde, un camión-grúa retiraba el vehículo destrozado por la explosión. Los vecinos que se habían agolpado alrededor de la zona acordonada por la Policía Municipal y se dispersaron poco a poco sin dejar de comentar la brutalidad de las acciones de la banda terrorista y la indignación que sentían a causa de los atentados.

En la capital de España se re-

gistra el mayor número de atentados por parte de la banda terrorista ETA desde que, en 1973, comenzara sus acciones criminales. Casi todos los barrios de Madrid han sufrido, algún tipo de acción criminal desde entonces. Durante estos dos últimos años, concretamente, ETA ha realizado sendos atentados en una misma zona: los distritos de Carabanchel y Aluche. Ambas áreas son uno de los blancos predilectos de los etarras al existir numerosas viviendas de militares, así como el Centro Penitenciario de Carabanchel.

El 23 de abril de 1990, a las nueve y media de la mañana, llegó un paquete-bomba a la Escuela de Estudios Penitenciarios, situada en el recinto de la prisión de Carabanchel. Dicho paquete se recibió en la secretaría del

centro sin que llevara el sello de control, por lo que, inmediatamente, infundió sospechas entre el personal de servicio. La secretaria del centro encargó a un ordenanza llevar el paquete al servicio de control. Cuando aquel comenzó a manipularlo, enseguida, se produjo la explosión. Como consecuencia, Ángel Guerrero sufrió la amputación de dos dedos de la mano izquierda y heridas en la otra. El paquete-bomba, probablemente, llegó a la Escuela de Estudios Penitenciarios por error, puesto que, aunque en el sobre figuraba la dirección de este centro, el destinatario era el director del Organismo Autónomo de Trabajos Penitenciarios. Con este atentado ETA intentó, una vez más, demostrar que las cárceles son uno de sus puntos flacos para llevar a cabo atentados.

El 5 de junio de este año ETA hizo estallar una bomba en el barrio de Aluche. El atentado se produjo alrededor de las ocho y media de la mañana en la calle General Romero Basart, próxima a la colonia de la Aviación. Esta vez los terroristas habían colocado un artefacto, compuesto por dos o tres kilos de amosal, en el coche del teniente del Ejército del Aire Enrique Aguilar Prieto, de cincuenta y dos años.



Esta información ha sido realizada por Milagros Asenjo, Juan Fernández-Cuesta, José Luis Lorrente, Susana Nieves, Carlos de Inza y Elisa Pavón

FERNANDO RUBIO